

Sotomayor, María Lucía. *Cofradías, caciques y mayordomos: Reconstrucción social y organización política en los pueblos de indios, siglo XVIII*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2004. 234 páginas.

María del Pilar Mejía
Antropóloga e Historiadora
Universidad de los Andes

El cuadro de la Virgen de Monguí, hoy perteneciente a la Colección del Museo de Arte Colonial de Bogotá, aparece en la portada de este libro anunciándonos las relaciones que existieron entre las instituciones religiosas coloniales y los procesos de reconstrucción de los lazos sociales y políticos de las poblaciones indígenas, de la región de Sogamoso durante finales del periodo colonial. Esta problemática no puede desligarse de lo que sucede actualmente en muchos municipios del actual altiplano cundiboyacense, en donde alrededor de las figuras de santos patronos y vírgenes, se recrean continuamente las identidades de sus habitantes, bajo el manto de las instituciones religiosas. Se trata entonces de un asunto de vital importancia, durante el siglo XVIII, que María Lucía Sotomayor analiza acompañada de una perspectiva en la que la cultura no puede dejar de entenderse como algo dinámico que cambia en las distintas coyunturas históricas.

El texto es el resultado de su tesis de la maestría en historia de la Universidad Nacional de Colombia, y como tal está compuesto por partes bien definidas en las que la autora explicita sus objetivos, sus reflexiones, sus obstáculos y sus aportes al tema. Es un texto que trata sobre todo de analizar las rupturas, transformaciones y reconfiguraciones de la sociedad en los pueblos de indios, a partir de la investigación de las cofradías que se establecieron especialmente en los pueblos de Cuitiva, Iza y Pesca (Boyacá). *Cofradías, caciques y mayordomos* empieza con una rica introducción llena de reflexiones sobre las imbricaciones que debe existir entre las disciplinas de la antropología y la historia para tratar los temas de la identidad, la tradición, los elementos de la cultura y los procesos de reelaboración y cambio en las sociedades. Advierte que más allá de analizar la sociedad colonial, a partir de la idea de un sincretismo, es necesario empezar a ver los puntos inconexos y desiguales que cohabitaron en una aparente unidad amalgamada, siendo esta perspectiva quizás uno de sus mayores aportes. Si bien las tradiciones no son algo estático, la autora propone entenderlas desde las maneras en que éstas fueron reelaboradas o recreadas de forma paralela o en oposición de las hegemónicas, resaltando la importancia de pensar en las múltiples perspectivas desde las que se representa un mismo hecho histórico.

El carácter marcadamente religioso de la región de Sogamoso durante el período prehispánico, se convirtió en una excelente oportunidad para la evangelización colonial y al mismo tiempo para la apropiación política de las cofradías por parte de los indígenas. La transición de cacicazgos a pueblos de indios es descrita

como el rompimiento de un orden territorial indígena, aunque también como el paso a nuevas unidades territoriales donde se fueron consolidando poderes locales, que lentamente transformaron las relaciones de parentesco matrilineales, y cambiaron las formas del prestigio político y religioso de los caciques. El texto propone entender a las cofradías como uno de los principales mecanismos de socialización y articulación intercultural de los pueblos de indios estudiados. Además de ser una institución de herencia mediterránea traída por los españoles, éstas se instituyeron en los pueblos de indios como asociaciones de fieles laicos en torno a la veneración de una Virgen o Santo, elegido principalmente por los milagros que éste hacía y la devoción y poder local que representaba, consolidándose unas organizaciones religiosas, políticas y económicas fundadas alrededor de iglesias locales que no respondían a una autoridad mayor, al tiempo que éstas eran entes civilizadores a través de la moral cristiana. Los indígenas, bajo la figura de mayordomos, administraron sus cofradías, ostentando su prestigio y haciendo un importante control de los curas doctrineros. En contra de la imagen del indígena sumiso y sometido, encontramos aquí que, en el siglo XVIII, la abundancia de cofradías y devociones locales responde a que antiguas capitanías o cacicazgos menores buscaron en esta institución un mecanismo de adhesión y ajuste al modelo de sociedad colonial, al tiempo que una forma de expresión simbólica y ritual, hasta el punto de poder afirmar que “el recuerdo de sus dioses fue el que motivó la aceptación de tanto santo y virgen para seguir ‘manejando’ ese mundo sobrenatural dentro de una atmósfera tradicional”.

Los mayordomos, siempre nativos que administraban las cofradías, fueron los encargados de recrear en las fiestas ofrecidas a santos y vírgenes sus códigos tradicionales muisca, dándoles prestigio entre la comunidad, por encima del papel desempeñado por caciques, curas, concertados, alférez, benefactores, cofrades o incluso gobernadores de resguardos. De esta forma, las cofradías sirvieron tanto para “reforzar los poderes locales” como también para ayudar al “ascenso social y político” de otros sectores indígenas. Con esto, si bien el régimen colonial había desestructurado la organización social muisca, la misma religión católica había estimulado, a través de las cofradías, la realización de fiestas locales donde se recreaba el poder político territorial de los mayordomos. De esta manera, resulta fácil entender la forma en que dentro de una misma institución convivían “sistemas paralelos de lógicas diferentes”.

A partir del análisis de la organización religiosa, política y económica de las cofradías, la autora logra inferir sobre temas tales como la territorialidad muisca, que pasa de fundarse en el parentesco matrilineal a enfocarse en la importancia de la localidad, del poder adquirido por los mayordomos, del acceso a cargos públicos y de las asociaciones de indios que no detentaban el poder tradicional. De manera que las cofradías en los pueblos de indios estudiados lograron la incorporación y resurgimiento político, económico y religioso de las poblaciones indígenas, logrando

muchas veces la recreación de sus cultos, la autonomía respecto del poder central y la constante burla de los curas doctrineros. Todo esto apuntando hacia una importante reflexión sobre la reelaboración cultural que imponen los momentos traumáticos de la dominación colonial, la presencia evidente de sociedades mestizas que luchan por su representación social y política, las formas de aprovechamiento de las instituciones hispánicas locales, el opacamiento y la desaparición de antiguos escenarios de prestigio indígena, y los eventos cotidianos que fueron conformando el tejido social de los pueblos de indios alrededor de sus fiestas patronales.

Si bien el texto ha llenado un gran vacío sobre la conformación de los poderes locales en los pueblos de indios a través de las instituciones religiosas católicas, también deja abiertas muchas dudas sobre aspectos particulares, como por ejemplo las formas concretas de utilización de las imágenes religiosas, el sentido de sus milagros en esos pueblos, el papel desempeñado por los cofrades, y las relaciones entre caciques, gobernadores y mayordomos. Sabemos que las fuentes históricas de los archivos parroquiales imponen fuertes limitantes en el avance de estos temas, como la misma autora lo reconoce; sin embargo, sabemos también que la única forma de continuar avanzando, hacia nuevas y posibles interpretaciones sobre el tema, es siguiendo el camino de reflexión abierto por la autora entre la antropología y la historia, más específicamente entre la etnografía histórica y la historia colonial.